

LIBRO SEGUNDO

LA HETERODOXIA EN LA EDAD MEDIA

LIBRO SEGUNDO  
LA HETERODOXIA EN LA EDAD MEDIA

## CAPÍTULO PRIMERO.

### LAS HEREJÍAS Y LAS CREENCIAS MODERNAS.

#### I.—Consideraciones generales.

Los protestantes no aceptan la herencia de las sectas de la Edad Media sino á beneficio de inventario; examinan sus doctrinas con escrupuloso cuidado, y sólo ensalzan las que abundan en los sentimientos de la Reforma. Es apreciar las sectas bajo el estrecho punto de vista de un sectario. No hay ya cuestion en el siglo XIX entre la herejía, el catolicismo y el protestantismo; la cuestion está entre la religion de lo pasado y las creencias de la conciencia moderna. Los protestantes rechazan las herejías que exceden del cristianismo; tienen tanto horror á los maniqueos como la Iglesia romana, que se califica de ortodoxa por excelencia. Pero la filosofía no tiene que preocuparse de que las sectas estén ó no en contradiccion con los libros sagrados de los cristianos; su punto de vista es más elevado y su tradicion más amplia. Y no es que estime el error al igual de la verdad, como dicen sus enemigos; es tan devota, y más, de la verdad que las sectas religiosas; pero no cree que se halla la verdad absoluta en tal ó cual Escritura. Para la filosofía, la revelacion es permanente y progresiva; puede y debe, por consecuencia, rehabilitar las sec-

tas cuando reconoce en ellas un gérmen de las doctrinas que la marcha de la humanidad ha desarrollado, lo cual no le impide condenar el error donde quiera que lo encuentre.

Los herejes de la Edad Media iban en sus atrevidas aspiraciones más allá del cristianismo, bien que no fuera otra su intencion que la de volver á la pura tradicion del Evangelio. No hay cristianismo cuando no se adora á Jesucristo como Hijo de Dios, coeterno con el Padre, ni cuando cesa de ser necesaria la revelacion para la salvacion de los hombres; y no es necesaria, si se niega el pecado original con sus funestas consecuencias, porque desde este momento se hace la salvacion ley universal de las criaturas, y el infierno de los cristianos se desvanece, como el purgatorio y el paraíso. Estas son creencias que admira encontrar entre las herejías del siglo XII y que están en armonía con la fe que se forma lentamente en la humanidad moderna y acabará por prevalecer sobre la fe de lo pasado. La doctrina de los herejes era, pues, bajo cierto respecto, superior á la de la Iglesia. Si, á pesar de esto, sucumbió, fué porque no

había llegado el tiempo de establecer una nueva religión. Hoy mismo no son aceptados todavía los dogmas de una revelación progresiva y de la salvación universal sino por las sectas más avanzadas de la Reforma y por los hombres que se han separado del cristianismo: ¿cómo, pues, se habría podido realizar en el siglo XII lo que es aún irrealizable en el XIX?

Hubo otra razón que hizo fracasar las herejías; y fué que con la parte de verdad que encerraba su doctrina se mezclaban errores tan graves, que su creencia jamás hubiera podido llegar á ser la de la humanidad. La secta más poderosa, la de los Cátaros, admitía dos principios eternos: el uno del bien, el otro del mal: era volver al dualismo que el cristianismo había vencido; y si es imposible volver á lo pasado, aún en lo que tiene de verdadero, mucho menos se le puede resucitar en sus extravíos. Estaban viciadas de otra parte las aspiraciones de los Maniqueos hácia lo porvenir por un recuerdo de la tradición católica: al profesar la salvación universal, debían rechazar la estrecha doctrina que liga la salvación á una Iglesia determinada; y, sin embargo, su *consolamentum* reproduce todo lo que tienen de falso los sacramentos cristianos. Daban ese nombre los Cátaros al bautismo del Espíritu Santo que se confería por la imposición de manos: considerado como el único medio de llegar á la beatitud eterna, tenía efectos por lo menos tan milagrosos como el bautismo cristiano (1).

Esto prueba la importancia de las doctrinas metafísicas. Los Cátaros eran superiores á los católicos; su vida era más pura, sus sentimientos más expansivos, y, sin embargo, la Iglesia triunfó con ayuda de la violencia, es cierto, pero la violencia sola habría sido impotente: la verdad, á lo menos relativa, del catolicismo fué lo que le dió la victoria. Las sectas vencidas en el siglo XIII vencerán á su vez cuando las creencias que entrevieron por instinto se desprendan de los errores que las hacían inaceptables; este es el trabajo que se ha hecho silenciosamente durante los siglos que nos separan de la Edad Media. El dualismo no existe ya; pero la fe en la salvación universal no ha desapa-

(1) ERMENGARDUS, *contra Waldenses*, c. XIV (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXIV, p. 1612).—SCHMIDT, *Histoire de la secte des Cathares*, t. II, p. 90, 101.

recido; va echando raíces cada vez más profundas, y acabará por prevalecer sobre la doctrina inhumana y absurda del catolicismo. Este es el interés que las herejías de la Edad Media ofrecen aún para el siglo XIX.

## II.—La revelación.

Los Cátaros negaban la divinidad de Jesucristo é invocaban el texto mismo del Evangelio en apoyo de su opinión. Esta argumentación bíblica es lo que da mayor importancia á su herejía. Los oscuros herejes de la Edad Media, tan maltratados por los protestantes, están de acuerdo en este punto con las sectas más avanzadas que proceden de la Reforma. Citaban estas palabras de Jesucristo que parecen excluir toda duda: *El Padre es más grande que yo*, y otros numerosos pasajes en que el mismo Cristo se distingue de Aquel que lo ha enviado. Si Jesucristo dice que Él y el Padre no son más que uno, se refiere á la unidad de intención y de voluntad; y esta unidad espiritual está lejos de ser una unidad de naturaleza. San Pablo dice que Dios ha enviado á su Hijo; hay evidentemente diferencia entre el que envía y el enviado: el Padre y el Hijo, no son, pues, una sola y misma sustancia; de donde se sigue que el Hijo no es Dios (1). El dogma de la Encarnación cae con el de la divinidad del Cristo. ¿Cómo, por otra parte, concebir que Dios tome un cuerpo humano? “Esto, decían los Cátaros, es contrario al buen sentido y á las leyes de la naturaleza” (2).

Negando la divinidad del Cristo, no podían tampoco aceptar los Cátaros la revelación en el sentido cristiano. Los unitarios podrían firmar su profesión de fe sobre este punto. Tenían un gran respeto á Jesucristo; decían que había sido enviado para convertir las almas á Dios, pero que su misión se reducía á enseñar á los hombres su origen y su destino: la revelación no era, pues, más que una enseñanza (3). Los unitarios rechazan igualmente la divinidad del Cristo, mas creen en la divinidad de las Escrituras. Una inconsecuencia semejante padecían los Cátaros: aceptaban el Evangelio como Escritura Sagrada, salvo acomodarlo,

(1) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 32.  
(2) GLABER RADULPHUS, *Chron.* (BOUQUET, t. X, p. 38).  
(3) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 30.

como hacen los protestantes, á sus doctrinas, mientras repudiaban el Antiguo Testamento. Su crítica de la Biblia merece ser mencionada; está de acuerdo con la filosofía del siglo pasado: “Los libros sagrados de los Judíos, decían, atribuyen á Dios cualidades que son indignas de la divinidad; hablan de su cólera y de su venganza como si fuera un hombre. Jehová prescribe la ley del talión, y dice á cada paso que quiere exterminar á sus enemigos. ¿Conviene tales flaquezas y pasiones al Sér soberanamente perfecto?” Insistían además los Cátaros en las contradicciones que existen entre la Antigua y la Nueva Ley: “Moisés autoriza la venganza, y Jesucristo ordena el perdón de las injurias; Moisés admite el divorcio, y Jesucristo lo prohíbe. Leyes que se contradicen, ¿pueden ser una y otra reveladas?” (1).

No participamos de la antipatía de los herejes y de los libres pensadores hácia los libros sagrados de los Judíos; santos son á nuestros ojos, porque son uno de los monumentos religiosos del género humano. Empero la crítica de los Cátaros y de los filósofos es verdadera: la Biblia, que da de Dios las nociones más estrechas y falsas, no puede emanar de Dios, porque dos revelaciones de una verdad inmutable no podrían ser contradictorias. Necesario es, pues, que la revelación cambie de carácter; de inmediata y milagrosa debe convertirse en permanente y progresiva. Bajo este punto de vista puede la humanidad aceptar los libros sagrados de los Judíos como los de los cristianos; las contradicciones nacen de la manifestación sucesiva y siempre perfecta de la verdad absoluta.

## III.—Los sacramentos.

Enemigos natos de la Iglesia, no podían los herejes reconocer la autoridad que aquélla se arrogaba de fijar el sentido de la Escritura y de imponer dogmas so color de interpretación. Las sectas, como después los protestantes, rechazaban los sacramentos, que no tenían otra base que la tradición. Ahora bien, con el Evangelio en la mano les era fácil probar que Jesucristo no instituyó la penitencia, ni la confirmación, ni la extremaunción,

(1) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 21-23.—EBERARDI *liber contra Waldenses*, c. III (*Bibliotheca Maxima Patrum*, tomo XXIV, p. 1533).

ni el orden, ni el matrimonio; pero los herejes del siglo XII iban más allá que los protestantes: ligados por las palabras de la Escritura, han conservado los reformadores el bautismo y la eucaristía. Los Cátaros rechazan el bautismo: “No es, decían, una cosa exterior lo que puede justificar, sino la fe y el arrepentimiento. Si el que es bautizado se arrepiente, está ya justificado; pero si no, el bautismo no lo justificará. ¿Se concibe, de otra parte, que el agua que lava el cuerpo purgue al alma del pecado por una virtud mágica? Mucho menos puede todavía aprovechar el bautismo á los niños, que no se hallan en estado de discernir entre el bien y el mal, porque Jesucristo exige la fe para la eficacia del bautismo: sin la fe no es el sacramento más que una vana formalidad” (1).

Ni tenían más respeto los Cátaros á la eucaristía. Explicaban las célebres palabras: *este es mi cuerpo*, apoyándose en la autoridad de muchos Padres de la Iglesia: “Jesucristo, decían, no quiso significar otra cosa sino que el pan que tenía en la mano debía representar su cuerpo; añadió, además, que el que come su carne y bebe su sangre tiene la vida eterna; pero dice también que el espíritu vivifica y que la letra mata. Alimentarse de la carne y de la sangre de Jesucristo es oír y recibir sus palabras, que sólo son espíritu y vida.” El dogma de la transustanciación se presta á rechiflas que no le perdonaron los sectarios: “Si los fieles comieran realmente el cuerpo de Jesucristo, ¿de qué inmensas dimensiones no debiera ser para bastar al consumo de tantos millares de hombres después de tantos siglos? Aunque fuera más grande que la roca de Ehrenbreitstein, decían los Cátaros alemanes, haría largo tiempo que se habría consumido.” Y preguntaban todavía los herejes “si un ratón que se comiera una hostia consagrada se comería al Hijo de Dios” (2). Había en el fondo de estos ataques un gérmen de racionalismo más peligroso que los chistes de los herejes. Los Cátaros no querían creer nada de lo que repugnara á la naturaleza, porque lo que repugna á la naturaleza es contrario á las leyes de la creación. Dejaban estas consejas del pan y del vino que se transforman en cuerpo y en sangre para los que creen en las inven-

(1) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 120.  
(2) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 131.—ALANUS, *contra Waldenses*, c. LVII, p. 244.

ciones humanas escritas en la piel de los animales, y por su parte no reconocían otras leyes que las que el Espíritu Santo escribe en el hombre interior (1).

IV.—*La vida futura.—La salvación universal.*

Rechazar los sacramentos es repudiar implícitamente toda la doctrina cristiana. El bautismo se liga al dogma fundamental del cristianismo histórico. Según las creencias de los cristianos, el pecado original hizo de la humanidad una masa de corrupción; para salvarla fué preciso que el Hijo de Dios tomara la forma de esclavo, y sólo aquellos que son regenerados en Jesucristo participan de la vida eterna. El bautismo es la iniciación en esta nueva vida; al rechazarlo, se niega la necesidad de la Encarnación, porque se niega que el hombre esté de tal modo corrompido que no pueda salvarse sin un auxilio milagroso de Dios. Consecuentes con esto, no admiten los Cátaros la Encarnación ni la divinidad del Cristo. Méenos resueltos se muestran respecto del pecado original; mas retroceden ante la consecuencia más horrible del dogma católico, la condenación de los niños: "Los niños, dicen, no pueden pecar, pues que no son capaces de voluntad; si la concupiscencia que los ha engendrado es una falta, de ella son los niños inocentes" (2).

Respecto de las relaciones de Dios con el hombre y acerca de la vida futura sólo tiene importancia, como crítica, la doctrina de los herejes; como afirmación tiene méenos valor. Rechazan, como los protestantes, el purgatorio, fundándose, como éstos, en el texto de la Escritura (3). Lo que dicen de la resurrección está aún en armonía con las opiniones modernas: "Los cuerpos no son únicamente reducidos á polvo, son absorbidos por otros cuerpos: ¿cómo, pues, podrían revivir todos estos cuerpos? El cuerpo no es, por otra parte, más que el órgano del alma: ¿es racional castigar ó premiar

(1) *Synodus Atrabatensis*, a. 1025 (MANSI, t. XIX, p. 423 y sig.).—*Synodus Aurelianensis*, a. 1017 (MANSI, t. XIX, p. 276).

(2) ALANUS, *contra Waldenses*, c. XXXIX, p. 232.—Los Valdenses decían también que los niños no bautizados se salvarían (RAINERI *Summa*, en MARTENE, *Thesaurus Anecdotorum*, t. V, página 1775).

(3) EVERVINI *Epist. ad Bernardum* (D'ACHERY, *Spicileg.*, t. IV, página 474).—Los Valdenses negaban también el purgatorio (RAINERI *Summa*, en GIBSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 88, nota bb, p. 623).

un instrumento pasivo?" (1). Por último, la predestinación y las horribles consecuencias que de ella se derivan sublevaron á los sectarios de la Edad Media, como deben repugnar á todo hombre cuya razón no esté ciega y cuyo sentimiento no esté falseado (2). Al rechazar el pecado original, tomaban las sectas el camino de una doctrina más digna de un Dios de amor, la de la salvación universal. Los Cátaros la profesan, pero envuelta en nubes, enturbiada por ensueños orientales: "El alma, dicen, inmaterial por su esencia, no ha sido creada para vivir en la tierra. Si momentáneamente está encerrada en la materia, es para sufrir la pena de su desobediencia. La tierra es el dominio del demonio, un lugar de castigo, y es, por consecuencia, propiamente hablando, el infierno, la mansión de los condenados. Pero este infierno no es eterno: las almas creadas por el buen Dios no pueden perecer; su salvación definitiva es, pues, una necesidad." Parece, según esto, que habrían de salvarse todas las criaturas; pero aquí reaparece el funesto error de la metafísica religiosa de las sectas maniqueas. Creían que había almas creadas por el demonio, y que, condenadas desde su origen, no podían alcanzar la beatitud (3). Los Cátaros se acercaban, sin sospecharlo, á la doctrina católica: su Dios malo es la exageración del diablo, y las almas, según ellos, condenadas por razón de su origen son las que Dios predestina á la muerte; así dominaba hasta en sus adversarios el estrecho espíritu de la Iglesia ortodoxa. Existe, sin embargo, el germen de una creencia más expansiva en los sentimientos de los Cátaros; y dejando aparte el mal principio que admitían, puede la filosofía aceptar su creencia. No hay más que un Dios soberanamente bueno; ninguna alma creada por él puede perecer. Dios es también soberanamente justo; el hombre debe, por consiguiente, expiar sus faltas; pero esta expiación es juntamente una pena y un camino que conduce á la salvación.

La doctrina de los Cátaros sobrevivió á su ruina. Hacia mediados del siglo XIV sostuvieron herejes ingleses que el bautismo no era necesario

(1) HUGON, *Rothomagensis archiepiscop.*, *contra hereticos*, III, 3 (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXII, p. 135).—SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 48.

(2) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 30.

(3) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 28, 44-47, 50.—GIBSELER, *Kirchengeschichte*, tomo II, 2, § 85, notas i, y; § 88, nota v.

para la salvación; no negaban el pecado original, pero lo anulaban con sus interpretaciones: "Sólo el pecado actual, decían, es causa de condenación; de donde se sigue que nada se opone á la salvación de los Judíos y de los paganos. Siempre se puede merecer el paraíso por la sola fuerza de la naturaleza; no hay, pues, penas eternas: los condenados y los mismos demonios se salvarán" (1). Los Lollardos, secta de los Wiclefistas, participaban de estas esperanzas; y los herejes que se llamaban *hombres de la inteligencia*, condenados en Brusélas á principios del siglo XIV, profesaban también la creencia de que se salvarían todas las criaturas (2). En fin, aquel precursor de la Reforma que más exaltan los escritores protestantes, *Wessel*, sustentaba acerca de la vida futura una opinión que creía conciliable con la Escritura, pero que no lo es ciertamente con el dogma de los católicos y de los reformadores. No comprende que el hombre llegue súbitamente, como por un milagro, de la imperfección en que lo vemos á la perfección que es el último fin de su destino: "La ley general de la crea-

(1) *Condemnatio errorum quarundam per archiepiscopum Cantuariensem*, a. 1868 (MANSI, t. XXVI, p. 549, 550).

(2) BALUZE, *Miscell.*, t. II, p. 277, 281, 285. Consignemos de paso que la retractación impuesta por la Iglesia al carmelita que estaba á la cabeza de la secta no condena solamente la salvación universal, declara además que los Judíos y los paganos no pueden salvarse.

ción, dice, es el crecimiento sucesivo, el progreso continuo: ¿por qué había de hacer sólo excepción el hombre? ¿No necesita purgarse de sus malos instintos ántes de poder pretender la existencia perfecta que se llama el paraíso?" Esto es lo que *Wessel* entiende por el purgatorio: el fuego del purgatorio es un fuego moral que purifica el alma; no es una pena, es una educación divina que conduce á la beatitud. Así, según el pensamiento del reformador alemán, deben pasar por esta purificación todos los hombres (1); y la consecuencia lógica de su doctrina es la vida progresiva é infinita.

Hemos insistido sobre la salvación universal, porque esta creencia es la que separa especialmente las herejías de la Iglesia ortodoxa, y por esta creencia es por la que perecerá la Iglesia. Haga lo que quiera, los hombres rehusan creer que sea el Creador el verdugo de sus criaturas; se niegan á creer en un Dios méenos bueno, méenos caritativo que ellos mismos. Y, sin embargo, la Iglesia católica no puede repudiar un error que ha enseñado durante siglos y que ha sido el instrumento más poderoso de su dominación; está fatalmente condenada á mantenerlo como verdad, es decir, está fatalmente condenada á perecer.

(1) ULLMANN, *Reformatoren von der Reformation*, t. II, p. 619 y siguientes.